

RAUL HERNANDEZ PEON
IN MEMORIAM

DR. RAMÓN DE LA FUENTE

El 16 de abril de 1968, en forma inesperada, la muerte puso término a la brillante carrera de un científico, miembro distinguido de esta honorable Corporación.

Al partir, en el mejor momento de su productividad científica, dejó entre nosotros un hueco difícil de llenar.

Raúl Hernández Peón, nació en Mérida, Yucatán, el 16 de julio de 1924. Ahí, en su tierra natal, cursó estudios primarios y preparatorios. El título de médico cirujano lo obtuvo en 1949 en la Universidad Nacional Autónoma de México.

A partir de entonces, ya con una vocación irrevocable a la investigación científica en el campo de la fisiología cerebral, dedicó a ella su vida y en casi 20 años de actividad ininterrumpida, dio a la luz algo más de 149 publicaciones de elevada calidad científica que encontraron acogida en libros y en las revistas, tanto nacionales como extranjeras, más importantes en el campo de su especialidad. Al morir dejó 10 trabajos en prensa y no menos de otros tantos en preparación.

Referirse aún en forma somera a la producción científica de Hernández Peón, no es tarea sencilla. Habré de concretarme a señalar algunos de sus trabajos que en mi opinión y en la de algunos de sus colaboradores más estrechos, representan sus aportaciones de mayor valor al conocimiento de la fisiología cerebral y particularmente al de la psicofisiología.

En 1953, con los distinguidos neurofisiólogos R. B. Livingston y J. D. French, inició Hernández Peón sus trabajos sobre la formación reticular, estudiando las proyecciones córtico-reticulares. A partir del descubrimiento de las influencias centrales sobre la transmisión aferente de K. E. Hagbarth y Kerr en 1955, Hernández Peón generalizó esta función para explicar el mecanismo fundamental del aprendizaje: la habituación. En una serie de experimentos, encontró que los mismos efectos ocurrían en varias vías sensoriales (núcleo coclear, retina, bulbo olfatorio, núcleo espinal y núcleo sensitivo del vago). Sobre la base de estos resultados, postuló la existencia de un "filtro sen-

sorial" cuya regulación depende del sistema reticular.

Otra aportación importante de Hernández Peón al conocimiento de las funciones implicadas en el aprendizaje, fue demostrar en otra serie de experimentos, que ni la adquisición ni la retención de respuestas condicionadas de primer grado, dependen de la corteza cerebral, sino del sistema reticular.

Hernández Peón contribuyó en forma significativa al conocimiento de los mecanismos del sueño. Sus investigaciones en animales le llevaron a postular la posible existencia de una vía colinérgica inhibitoria del sistema activador ascendente, a la que él llamó "sistema del sueño". Otras de sus aportaciones se refieren a la participación de los mecanismos inhibitorios para explicar los efectos de la sugestión, la hipnosis y algunos síntomas histéricos. Propuso también un marco teórico para explicar desde un punto de vista neurofisiológico ciertos estados psicopatológicos, tales como histeria, psicosis maníaco depresiva y esquizofrenia. Por último, no podemos dejar de mencionar sus aportaciones experimentales al conocimiento de los mecanismos de acción central de algunos psicofármacos, entre ellos reserpina, nialamida, imipramina y diazepam.

Después de sus trabajos iniciales en los Estados Unidos de América, sus trabajos más importantes los llevó a cabo entre 1960 y 1963 como Director de la Unidad de Investigaciones Cerebrales de la Secretaría de Salubridad y Asistencia.

En 1961, el Presidente Adolfo Ló-

pez Mateos, le hizo entrega del Premio Nacional de Ciencias, otorgado al mérito por la Academia Nacional de la Investigación Científica.

Conferencista, profesor huésped y miembro activo y honorario de importantes instituciones de Europa y América, solía recordar con especial satisfacción, la época (1958) en que fungió como investigador y director del Centro de Psiquiatría Experimental de la Universidad de Chile, y su nombramiento como profesor extraordinario en la Universidad de Texas. Al morir, era profesor adjunto en la Universidad de Yeshiva de Nueva York en la que impartió cursos breves en los dos últimos años. Puede decirse que pocos científicos mexicanos reunieron durante su vida un reconocimiento tan amplio.

Hernández Peón fue un investigador de ideas originales y gran habilidad técnica. Su concepción de las funciones del cerebro en los fenómenos de la conducta, fue penetrante e inclusiva, y su visión de la psicología y del psicoanálisis amplia y respetuosa. Esto le permitió tender un puente transitable entre los datos de la experimentación y los fenómenos más complejos de la clínica.

Hernández Peón no fue el científico encerrado en su torre de marfil, sino el maestro siempre dispuesto a transmitir con entusiasmo sus conocimientos, lo mismo al neurofisiólogo novel, que al psiquiatra y al médico no especialista. En su calidad de profesor asociado en el Curso de Especialización en Psiquiatría, de la División de Estudios Superiores de la Facultad de Medicina, contribuyó en forma significativa a la formación neurofisiológica de las nue-

vas generaciones de psiquiatras mexicanos.

Raúl Hernández Peón, trabajador incansable, espíritu sensible que amaba la vida, era rebelde e individualista. El mismo solía decir que siempre había encontrado difícil el someterse a los requerimientos burocráticos. De ahí que en los últimos años (1964), sin apoyo oficial, haya organizado y dirigido una institución, el Instituto de Investigaciones Cerebrales, que se dio a conocer y se mantuvo merced al valor intrínseco de sus investigaciones y que atrajo a

muy distinguidos visitantes extranjeros que consideraban un honor colaborar con su director.

Las contribuciones de Raúl Hernández Peón a esta Academia, particularmente aquéllas en las que abordó temas relacionados con la psicofisiología, serán siempre recordadas con gratitud. Para quienes lo conocimos de cerca, el recuerdo de su inteligencia, su originalidad, su perseverancia y su integridad científica, predominará siempre sobre el de las complejidades de su carácter.

JORGE G. LOPEZ. UNA SEMBLANZA

DRES. MIGUEL JIMÉNEZ Y GERMÁN SOMOLINOS

¡HA MUERTO EL Sr. López! Un infarto cardíaco cortó el pasado día 15 de julio, cuarenta y dos años de trabajo ininterrumpido en esta Academia. Una vida entera dedicada a la Medicina Mexicana en la que, sin ser médico, deja huella perdurable. Casi convivió media vida de nuestra centenaria Institución con la cual llegó a estar tan ligado que vida y obra se confunden en muchos momentos de su existencia. Quiso a la Academia como algo tan suyo que sentía en propia carne los éxitos y los reveses; luchó por mantenerla a flote cuando los tiempos fueron adversos, gozaba con la prosperidad de nuestra Casa y siempre atento, desde el discreto y secundario lugar en que se desarrollaban sus actividades, fue colaborador y parte activa en la mayor parte de los acontecimientos de la Institución.

Para todos los que hoy formamos la Academia Nacional de Medicina, el señor López era algo más que un simple empleado de la Corporación. Sus dotes personales de simpatía y honradez, su trabajo eficaz, su respetuosa camaradería, habían hecho de él un amigo leal y sincero siempre dispuesto a prestar una ayuda, a enmendar un error o a dar un consejo.

El Sr. López constituyó, sobre todo para las generaciones de académicos recientes, la historia viva de la Institución. Sus largos años de convivencia con lo más notable y prestigioso de la profesión médica mexicana, su presencia y actividad constante dentro de la mayor parte de las actividades académicas le permitían evocar, sin jactancia, pero con fidelidad, casi todos los acontecimientos médicos importantes de México en los que la Academia o la Facultad de Medicina —de la cual fue también eficaz colaborador— habían intervenido.

Sería muy difícil precisar cuáles fueron los trabajos específicos del Sr. López dentro de nuestra Corporación. Desde la simple, pero indispensable, labor caligráfica en la redacción de diplomas, hasta gestiones delicadas de tipo administrativo o editorial, casi todas las actividades internas de la Academia pasaban por sus manos. Ingresó en nuestra Casa el 18 de febrero de 1926; entonces fue designado para el puesto de Bibliotecario; posteriormente desempeñó trabajos de contabilidad, teneduría de libros, corrector de pruebas, archivista, asistente técnico de la Junta Directiva. Su presencia constante en las sesiones servía para establecer

las asistencias y organizar las indispensables necesidades de proyecciones, sonidos, pizarrones, etc. Recaudaba las cuotas académicas, visitaba y recogía las aportaciones económicas destinadas a la Academia por Centros e Instituciones. Editó la GACETA MÉDICA DE MÉXICO durante muchos años en colaboración estrecha con los médicos y fue a últimas fechas el Administrador de esta publicación, en la cual en varias ocasiones salieron a la luz artículos suyos dedicados a glosar o relatar aspectos históricos de la Institución.

Todo esto, más otras mil cosas que quedan en el tintero y que constituían su labor permanente y fecunda dentro de la Academia, lo hizo el Sr. López prácticamente por generosidad y amistad. Parecerá increíble, pero durante veinticinco años, el Sr. López sólo percibió por sus trabajos una remuneración mensual de 50 pesos y, en estas últimas épocas, cuando la Academia mejoró en algo su situación económica y se elevó su sueldo mensual, apenas llegaba a recibir lo que en cualquier oficina o trabajo percibe una modesta mecanógrafa.

Cualquier académico podría escribir muchas páginas relatando hechos del Sr. López que, como decimos, colaboró y convivió en todas las actividades del trabajo cotidiano de la Corporación, y dar constancia directa de la estrecha identificación espiritual que siempre hubo entre el hombre y la obra a la cual dedicó casi todos los mejores años de su vida. Todos tuvimos ocasión de apreciar sus dotes de honestidad, eficiencia y de entrega in-

tegra al trabajo que se le encomendaba, lo que lo hacía insustituible colaborador en los trabajos de organización y ejecución de cualquier actividad médica. Con posterioridad, durante los cinco años en que uno de nosotros tuvo el alto honor de prestar sus servicios en la Mesa Directiva de la Academia, ratificó ampliamente el elevado concepto que tenía del Sr. López, que constituyó un inapreciable y entusiasta colaborador en las crecientes actividades de la Corporación. Su cariño por todo lo relacionado con nuestra Academia lo demostraba constantemente, al trabajar sin límite de tiempo y poniendo el mayor de su esfuerzo en todas las actividades que tenía a su cargo. Seguramente que en el desarrollo de las sesiones ordinarias de nuestra Institución, todos los señores Académicos lamentamos aún más profundamente su ausencia, ya que se puede decir, que nunca dejó de asistir al desarrollo de las mismas, poniendo siempre su mayor voluntad en servir en forma personal a cada uno de los integrantes de esta Academia.

Creo interpretar el sentir de todos ellos al expresar públicamente que el nombre de Jorge G. López, quedará grabado en el Libro de Oro de nuestra Corporación como uno de los elementos que entregaron su vida y su esfuerzo, para el desarrollo de la misma. Su recuerdo perdurará en nuestra memoria.

Descanse en paz este viejo trabajador que tanto luchó, dentro de su campo de acción, por el enaltecimiento de la Medicina Mexicana.

Acta de la sesión ordinaria del 29 de noviembre de 1967

Se inició la sesión a las 20 hrs. en punto bajo la presidencia del Dr. Rafael Carral y de Teresa, presidente de la Academia.

Fue leída el acta de la sesión anterior y aprobada sin modificaciones.

El Dr. Carlos R. Pacheco dio lectura a una carta dirigida por el Dr. Carlos Véjar Lacave en la que pide su pase a la categoría de Socio Titular. A nombre de la directiva el Sr. Presidente propuso a los Dres. Norberto Treviño, Roberto Hernández de la Portilla y Rubén Vasconcelos para estudiar la solicitud del doctor Véjar. La asamblea aprobó la propuesta.

Se pasó a la lectura de trabajos. El Dr. Leo Noro de Helsinsky, Finlandia, leyó el trabajo "Los hospitales de Finlandia".

La Sección de Oftalmología presentó el siguiente simposio:

"Alteraciones cristalinas en relación con afecciones sistémicas". Introducción, Dr. Magin Puig Solanes. Cataratas dismetabólicas, Dr. Anselmo Fonte B. Cataratas dermatógenas, Dr. Luis Sánchez Bulnes. Alteraciones cristalínicas en las Distrofias mesodérmicas. Dr. Magin Puig Solanes. El Dr. González Ramos hizo notar la importancia de los estudios genéticos en las cataratas dismetabólicas y la gran variedad de alteraciones en los cromosomas que a su vez alteran el metabolismo; estos estudios, dijo, aclararían la etiopatogenia. El Dr. Gómez Orozco mencionó que en la estadística del Hospital Infantil no hay casos de dermatitis atópica y estos son raros en el Hospital General. El Dr. Sánchez Bulnes contestó que las cataratas dermatógenas no son frecuentes, pero si se observan y que éstas pueden aparecer varios años después de desaparecida la dermatosis. El Dr. Fonte consideró importante el comentario del Dr. González Ramos. El Dr. Puig dio las gracias por los comentarios.

En asuntos generales el Secretario General dio lectura a la relación de las plazas vacantes en la Academia, que llegan a 36.

Con esta sesión se dio por clausurado el año académico y se terminó a las 22.45 horas, habiendo concurrido a ella los académicos: Alarcón, Alonso de Florida, Argil, Arias, Barroos, Bassols, Benavides, Biagi, Bisteni, de Buen, Carral y de Teresa, Caso, Castelazo Ayala, Castro, Derbez Muro, Escobar Izquierdo, Espinosa de los Reyes, Fonte, Frenk, García, Gómez Orozco, Gómez Reguera, González Ramos, Guevara González, Guzmán West, Heredia Duarte, Hernández Peón, Latapí, Marván, Núñez Andrade, Ortiz Monasterio, Pacheco, Palacios Bermúdez, Palomino Dena, del Pozo, Prado Vértiz, Puig Solanes, Quiroz, Roldán, Sánchez Bulnes, Serrano, Sierra Rojas, Silva López Hermosa, Torroella, Vasconcelos, Velasco Suárez y Vaquero.